Termina la era de los partidos políticos

La evolución del mundo dice que la humanidad debe avanzar de lo político a lo social. Los futuros gobiernos serán sindicales y no políticos. Quien pretenda cerrar los ojos ante esta realidad palpable es un obcecado. De nada valdrá que las fuerzas conservadoras se aferren a defender sus privilegios obtenidos a costa del sufrimiento y el hambre del pueblo. Los sostenedores del régimen capitalista actual serán superados por el movimiento envolvente del pueblo que, igual que en otros países, también ocurrirá y entonces desaparecerán los partidos políticos y el régimen económico capitalista, para dar paso al Estado Sindicalista y al régimen económico social.

Pero esta evolución económica tiene que ser paralela a la evolución que se observa en el mundo, abandonando antiguas formas políticas.

El ciclo de los partidos políticos ha sido cumplido y la era inicial del sindicalismo, que parte un punto visen social, para la organización de la humanidad dentro de estados sindicales o sindicalistas.

Hace cuarenta años el "factotum" en nuestro país eran los partidos políticos; los únicos que podían iniciar una lucha capaz de cambiar un gobierno o decidir una situación. Hoy vemos que han perdido la mayor parte de su influencia. Cuando alguien hace temblar el gobierno, no son los partidos políticos, que están trenzados entre ellos, defendiéndose mutuamente; sino el sindicalismo que va afirmando su línea de acción. Por eso nosotros hablamos de eliminar a los agentes políticos del sindicalismo.

El sindicalismo es la auténtica representación del pueblo. Quienes pretendan cerrar su paso al poder se aferran a lo imposible. Es cierto que en nuestro país no tenemos grandes líderes sindicales, por cuanto la actual conformación de los sindicatos no es sino la de agrupaciones de trabajadores al servicio de los distintos partidos políticos Si con esta conformación deficiente y antisindical se hace perder los estribos a un gobierno que cuenta con el apoyo de los dos grandes partidos tradicionales, piénsese lo que ocurriría si al frente de los sindicatos estuvieran verdaderos sindicalistas dispuestos a llevar al triunfo la causa del pueblo.

Las grandes transformaciones de la humanidad se producen por evolución o por revolución. Nosotros preferimos la evolución porque es incruenta. Pero cuando es detenida torpemente por los últimos reductos de la oligarquía y la reacción, entonces no queda otro camino que la revolución de la que se responsabilizarán los enemigos de la evolución del pueblo hacia el lugar que le corresponden en la conducción del país.

Los partidos políticos son todo lo contrario al sindicalismo. Mientras aquellos actúan en base al esfuerzo o simpatía de un hombre o círculo de hombres, el sindicalismo responde a las exigencias de la masa. Mientras los partidos políticos actúan sin doctrina, sin conciencia, sin orientación, hasta el punto de que envejecen junto con sus jefes o conductores, el sindicalismo tiene una doctrina,

una conciencia más o menos arraigada en todo trabajador, pero conciencia al fin, y sus inquietudes son siempre nuevas porque se ajustan a las necesidades del momento y no responden a personalismos por cuanto los hombres en el sindicalismo, en el verdadero, son circunstanciales y lo que en realidad es imperecedero son las organizaciones formadas o sin formar; ya que el sindicalismo actúa de ambas maneras.

Por eso no toleramos la miopía de los que combaten a las organizaciones obreras como si destruyéndolas, fueran a destruir el sindicalismo. El sindicato es mucho más poderoso cuando tiene su local clausurado y sus dirigentes presos. El sindicalismo que no haya pasado por estas circunstancias propias de la sociedad capitalista no está en condiciones de tomar las riendas del poder. Necesita de todo eso para demostrar su madurez y su razón de ser. Los últimos acontecimientos nos dicen que nos acercamos al fin de la primera etapa. La segunda no es menos difícil, pero de ella hablaremos luego de cumplir la que se aproxima a su punto crítico.

Texto extraído de: *La Escoba*, segunda quincena de junio de 1953, p. 1.